



SOBRE LA EMIGRACIÓN REALEJERA A VENEZUELA: LA TRAYECTORIA DE ANTONIO MORALES MÉNDEZ COMO EJEMPLO

ON REALEJERA EMIGRATION TO VENEZUELA: THE TRAJECTORY OF ANTONIO MORALES MÉNDEZ AS AN EXAMPLE

Javier Lima Estévez*

Cómo citar este artículo/Citation: Lima Estévez, J. (2023). Sobre la emigración realejera a Venezuela: la trayectoria de antonio morales méndez como ejemplo. *XXV Coloquio de Historia Canario-Americana* (2022), XXV-103. <https://revistas.grancanaria.com/index.php/chca/article/view/10940>

Resumen: La biografía de Antonio Morales Méndez nos aproxima ante un profesional y referente de la química con varias décadas de vinculación universitaria. Desde su nacimiento en Tenerife, concretamente en el núcleo de La Cruz Santa, pasando por su etapa como estudiante en la Universidad de La Laguna, la realización del doctorado en químicas y su llegada a Venezuela, así como sus años de formación y nuevo doctorado en la Universidad de Oxford, entre otros detalles, nos aproximan ante un testimonio de esfuerzo, constancia y compromiso de superación, materializando un legado intelectual que le convierten en toda una personalidad científica de referencia en el ámbito venezolano.

Palabras clave: Los Realejos, Venezuela, Universidad, Química, Investigación, Enseñanza.

Abstract: The biography of Antonio Morales Méndez brings us closer to a professional and reference of chemistry with several decades of university links. From his birth in Tenerife, specifically in the nucleus of La Cruz Santa, through his time as a student at the University of La Laguna, the completion of his doctorate in chemistry and his arrival in Venezuela, as well as his years of training and new doctorate at the University of Oxford, among other details, bring us closer to a testimony of effort, perseverance and commitment to improvement, materializing an intellectual legacy that makes him a scientific personality of reference in the Venezuelan field.

Keywords: Los Realejos, Venezuela, University, Chemistry, Research, Teaching.

INFANCIA Y JUVENTUD¹

Antonio Morales Méndez nace en el municipio tinerfeño de Los Realejos, concretamente en el núcleo de La Cruz Santa, en la casa conocida como la de don Manuel *El Médico* el 27 de septiembre de 1940. Es hijo del matrimonio formado por Gabriel Morales León y Hermenegilda Méndez Fernández, teniendo por descendencia a Domingo, Mercedes, Olga, Orlanda, José, Antonio (nuestro biografiado) y otro Domingo Morales Méndez.

Un primer Domingo fallece a los 19 años. Había cursado selectivo de Medicina en La Laguna. Ayudaba a sus padres en las faenas del campo, enfermando de tuberculosis y falleciendo a inicios de noviembre de 1941. Tras la muerte de Domingo nace el 17 de diciembre de 1944 otro varón que recibirá también el nombre de Domingo, siendo en la actualidad catedrático jubilado de Fisiología Vegetal de la Universidad de La Laguna, con numerosos trabajos de investigación especialmente en el área de Ecofisiología a lo largo de varias décadas.

* Profesor de Geografía e Historia. Graduado en Historia por la Universidad de La Laguna. Tenerife. España. Correo electrónico: jdlimaeste10@gmail.com

¹ Agradecemos al protagonista del artículo su amabilidad y disposición para mostrarnos diferentes aspectos relacionados con su trayectoria vital y profesional.



Sobre el año 1945 sus padres alquilan una casa en La Laguna, concretamente en la calle Herradores, en la parte baja de la zapatería y sombrerería Godiño, que entregan a finales de 1958. La parte alta la ocupa la familia de Fidel García, hermano de los Herreros, de La Cruz Santa, casado con Lola, hermana de doña Úrsula, la madre del científico Antonio González.

Realiza la primaria en la Salle Nava de La Laguna, calle Carrera, continuando allí hasta segundo de Bachillerato. Comparte entonces aula con alumnos que más tarde llegarían a ser personas representativas en Canarias desde diversos puntos de vista, siendo ejemplo de ello José Luis Fajardo Sánchez y José Manuel Cervino, en el mundo artístico-cultural y Luis Leandro López-Echeto, continuador luego de una famosa industria pastelera, entre muchos otros. A partir de tercero su formación transcurre en la Salle San Ildefonso, en Santa Cruz de Tenerife. Bajaba y subía dos veces, pues almorzaba en La Laguna. La casa la atendía una tía, ya que sus dos hermanas mayores estudiaban en la Universidad de La Laguna y otro en el Instituto Cabrera Pinto, por tanto, sus estudios de primaria y secundaria se realizaron durante once años en la Salle. No recuerda tener ningún suspenso, más bien en los dos primeros años de Bachillerato llegaría a obtener en todas las materias sobresalientes, en algunas incluso con matrícula de honor. En la etapa como estudiante en Santa Cruz baja un poco el promedio de calificaciones, pero, sin embargo, al final sacaba al menos una matrícula en cada curso. Como compañeros del San Ildefonso recuerda a personalidades como Facundo Fierro, reconocido escultor; Antonio Trujillo Seman, un excelente pediatra; Eladio Arroyo Lara, catedrático de la Facultad de Derecho de la ULL; José Luis Jiménez Saavedra, arquitecto artífice de la Universidad de Las Palmas; Luis Carnero Gabarda que, después de Derecho, ingresa en el ejército y llega a General Auditor; a José Antonio Santos Miñón, diputado por Las Palmas durante la época de la Transición española y también a Manuel García Padilla, que encuentra como funcionario del Consulado de España en Londres en 1975. En ese contexto, tras saludarlo con sesgo perplejo y después de mirar el pasaporte venezolano, dijo: «Morales, ¿cómo estás?»

El periodo de vacaciones transcurre durante esos años en La Cruz Santa. Sus padres no tenían grandes extensiones de tierras, pero sí porciones en diferentes alturas, lo que garantizaba la comida, siendo los excedentes utilizados en el pago de los estudios de los hijos y, ocasionalmente, pequeños lujos. Parte de ese patrimonio lo obtiene la familia por herencia, por esfuerzo y por lo ganado durante tres años por el padre como emigrante en los campos de tabaco de la Provincia de Pinar del Río, en Cuba, donde estuvo antes de contraer matrimonio con la que sería madre de nuestro biografiado. Antonio nos confiesa que, en ocasiones, tenía que ir a buscar la leche para el consumo diario al Cercado de La Paz, en La Cartaya, o al Cercado El Pino, en La Piñera. Llega a cargar hierba en sacos a hombros para los conejos que tenían en la casa desde el Cercado El Pino. Durante la vendimia cargaba las cestas con las bestias al lagar. En los años de La Laguna nunca faltaron las papas, las frutas de las cosechas propias, ni la leche que Miguel *El Lechero* dejaba donde Fernando, en un negocio aldeaño a una de las esquinas de la Iglesia de la Concepción, que, sin falta, recogía diariamente. Se suceden los recuerdos y las vivencias propias de la juventud, tal y como llegaría a suceder con la realización de carros de verga, a los que colocaba un techo desmontable y hasta a uno de ellos un simulacro de motor incluso con cilindros. Disfrutaba de juegos al aire libre en la única calle asfaltada de La Cruz Santa, la cual llegaba hasta la Punta el Muro. Vuela cometas desde la azotea de la casa, con hilos de badana obtenidos de los rolos secos desgajados de los plátanos. También acudía a la recogida de papas en las fincas de los suyos y de los amigos.

En La Laguna realiza la primera comunión en la Iglesia de San Agustín, desde el 2 de junio de 1964 en ruinas por un incendio, siendo preparada por el hermano Ramón. Se suceden las excursiones a La Mesa Mota y a Los Rodeos, sin faltar también el monte de Las Mercedes y los paseos por el Camino Largo con bicicletas de alquiler.

LA FORMACIÓN Y EXPERIENCIAS VITALES

Los inicios y la llegada al bachiller

La educación aparece como un principio constante en su familia. De su hermano Domingo, fallecido a edad temprana, se conserva una imagen con los compañeros del selectivo a la entrada de la vieja universidad, ubicada en la calle San Agustín. Mercedes también estudia en la Universidad de La Laguna y obtiene la licenciatura en Filosofía y Letras en 1952. Fue Profesora Ayudante en la ULL del rector Alberto Navarro González, recopilando numerosos romances en La Cruz Santa, La Perdoma e Icod el Alto, siendo publicados en la Flor de la Marañuela del Romancero Canario de Diego Catalán, un nieto de Menéndez Pidal, catedrático de ULL, que se marcharía a la Universidad de Stanford, USA. Mercedes emigra a Venezuela en 1955 y enseña en el Colegio Merici, de las Ursulinas, en Caracas, después de trabajar con las hermanas de Nazaret en Táriba, Estado Táchira. Regresa a Canarias en 2003 y pasa a vivir al Puerto de la Cruz. En 2015 se publica su libro *Archivo Invisible*, compuesto por diversos microrrelatos.

Olga se retira en tercero de carrera debido a un problema en los pies, pero finaliza Magisterio, ejerciendo de interina en La Cruz Santa, concretamente en la escuela de niñas en La Punta el Muro, frente al actual Tanatorio. Contrae matrimonio en 1955 con Manuel *El Médico*. Orlanda no llega a cursar estudios regulares.

José fue primero aparejador y luego arquitecto, por la Escuela Politécnica de Barcelona, llegando a ser durante muchos años arquitecto municipal de La Laguna. Tiene obras en La Laguna y en El Puerto de la Cruz. El Palacio de Justicia de La Laguna, ya derrumbado, fue obra de él. Fallece en 2006.

Un nuevo horizonte: la química

Antonio Morales afirma que no tenía duda de que la idea era obtener un título universitario. Escoge química. Al finalizar tal etapa una opción era trabajar en la refinería, dar clases en secundaria en colegios privados -o de forma particular- y poco más. Al regresar de las prácticas como Alférez de Complemento de las milicias universitarias de Sevilla, donde logra trabajar en el Instituto del Tabaco y viajar por Andalucía, ve al Betis del defensa canario Julio Santaella «Colo» y al Madrid del delantero Alfredo Di Stéfano, así como al torero Manuel Benítez Pérez, conocido como «El Cordobés», en la Maestranza.

Obtiene como trabajo una hora en días alternos de clases de Matemáticas en la Salle Nava-La Carrera, y también como Profesor Ayudante de clases prácticas de Química Orgánica de la Facultad de Químicas de la Universidad de La Laguna, no dependiendo económicamente ya de sus padres, y así aprovecha y exprime al máximo las horas para dedicarse al Doctorado, pasando a residir en el Colegio Mayor San Fernando. Con lo que ganaba podía cubrir sus gastos y, además, desplazarse de forma puntual a La Cruz Santa, consolidando la amistad con varias personas. Combina esos periodos de descanso con visitas a espectáculos, toros, lucha canaria, discotecas, etc.

En el curso 1957/1958, durante el primer año de selectivo, nos confiesa que eliminaron los fastidiosos ingresos a las ingenierías, estando aún vigente el plan de estudios de 1953, con reválida en cuarto año, para obtener el título de Bachillerato Elemental y luego otra en sexto, Bachillerato Superior. Las reválidas se hacían en los dos institutos existentes en la provincia de Santa Cruz de Tenerife y para los de la otra provincia en los de Las Palmas de Gran Canaria. Los profesores que diseñaban y corregían eran catedráticos de instituto. Había una prueba oral y otra escrita. Antonio Morales, por pertenecer al colegio Salle San Ildefonso, realiza las dos reválidas

en el de Santa Cruz. Las instalaciones estaban en una calle paralela a La Rambla, cerca de los Escolapios, antiguo Hotel Quisisana. En las dos calles que lo flanqueaban se situaba el colegio Pureza de María, para chicas y, por el otro lado, el antiguo cine Numancia. Recuerda que en la de junio de 1954, un catedrático sería Basilio Francés Rodríguez, que se convierte con el tiempo en suegro de su hermano José. En cuanto a profesores del colegio Salle San Ildefonso, recuerda a los hermanos Fermín, Gabriel y Luis, que paralelamente estudiaban en la Universidad de La Laguna. De los seglares cita a Aniceto, José Palenzuela y José Poggio, todos, a su parecer, Licenciados en Químicas.

Con la reválida de cuarto se podía acceder a la carrera de perito industrial en Las Palmas, y aparejadores y agrícolas en La Laguna, mientras que mercantil sería en Santa Cruz de Tenerife. A partir de la reválida de cuarto se elegía entre ciencias o letras. En sexto de nuevo otra reválida. Y luego llega el Preuniversitario (Preu), por un año, con repaso de materias del Bachillerato y conferencias de invitados. De ellos sólo recuerdo al ingeniero agrónomo Valladares. El examen de todos los estudiantes del Distrito Universitario de la Universidad de San Fernando de La Laguna, se hizo en el edificio, único en la época y construido durante el franquismo para las tres Facultades: Químicas, Filosofía y Letras y Derecho. Había un examen para los estudiantes de ciencias y otro para los de letras. Recuerda que los de ciencias no sobrepasaban los 140. Una prueba era escuchar a un conferenciante y tomar notas, para plasmarlo en escrito en un doble folio. Se corregía, además, la ortografía y la manera de expresar lo captado. Una prueba de matemáticas y otra con preguntas de otras ramas de ciencias. Pasaban del 60% al 70% del total, con otra opción para septiembre para el suspendido. Antonio González y González fue uno de los cuidadores en esos momentos.

Durante el verano de 1957 sale de Tenerife por primera vez. Estaría en un campamento de Santa Brígida (Gran Canaria), con estudiantes de muchas partes de España. Conoce Las Canteras. Realiza excursiones al Parador de Tejeda y visita Teror. De la Caldera de Bandama patea por los montes hasta llegar a Santa Brígida. Gana muchas partidas de cartas al juego llamado cinquillo, pero casi lo limpian, nos recuerda, con el subastado.

Ya en la Universidad, recuerda que en el selectivo de ciencias eran unos 120 alumnos, muchos ya mayores, pues gastaban años infructuosamente en el duro ingreso al antiguo sistema a las escuelas superiores de ingenierías, regresados de la Península. Se cursaban cinco materias: Geología, por el catedrático de instituto Aguado; Biología, por Jesús Maynar; Física General, por Maximino Rodríguez; Química General, por Francisco Pino, y Matemáticas, primero por Agustín Arévalo y luego por Antonio Castro B. Nuestro biografiado logra superar todo satisfactoriamente en junio, formando parte de esa nómina compuesta por no mucho más de 50 alumnos.

En el segundo curso, durante los años 1958/1959, ya metidos de lleno en la carrera de Químicas, se encuentra con 30 compañeros, entre ellos algunos con materias rezagadas de promociones anteriores. A Antonio Morales le suspenden en Química Inorgánica I, no por no saber, sino por dominarla demasiado de memoria. En el tiempo permitido solamente podría contestar dos de las cinco preguntas formuladas. Tras ello se marcha de vacaciones a un campamento de verano del SEU en Navia, Asturias, donde goza de la amistad y la sidra, además de lo mucho que se aprende viajando. Creyendo que las cosas no se olvidan, no coge durante tal periodo de tiempo ni libro, ni apuntes. Al presentarse en septiembre, vuelve a recibir como calificación un suspenso.

Deja la casa de Herradores en las vacaciones largas del curso 58/59, durante el segundo año de carrera, donde vive solo con José, ya que la hermana Mercedes había emigrado Venezuela y la tía Margarita se encontraba enferma. Salvo el desayuno, las comidas las realizaban en el Montañero, de la calle Deán Palahí, para después residir en el Colegio Mayor San Agustín. En tercero, se presenta a la vez a Inorgánica I y II, las cuales supera, pero ante la imposibilidad

de calificar dos asignaturas de una misma materia en igual convocatoria, posponen una de las calificaciones para septiembre.

Benito Rodríguez Ríos, el recordado catedrático de Química Inorgánica portuense, le puso aprobado en junio en la Inorgánica I y notable en septiembre en la Inorgánica II de 1960. En segundo año se fue el catedrático de Física, y la Electricidad en tercero la imparte José Cabrera Ramírez, sobrino del famoso físico canario Blas Cabrera y Felipe. Todas las Físicas se le dieron bien, pues nunca baja de notable. El catedrático de Química Analítica General, Francisco Pino Pérez, se marcha para su Andalucía.

En cuarto curso llega a tener las asignaturas de Química Física, Química Orgánica General, Química Analítica Cuantitativa y Química Técnica I, además del primer Campamento de la Milicia Universitaria en Los Rodeos, para acceder al grado de sargento. Le quedan unos exámenes de problemas de Química Física, pero fue uno de los pocos que se presenta a Orgánica en junio, obteniendo notable. Durante el quinto año, también con los cursos de la milicia en los Rodeos, en este caso para alférez, de los compañeros que inician en el 57/58 tan solo dos logran en septiembre superar todas las asignaturas en cinco años lectivos: nuestro protagonista y Francisco Rodríguez Luis, siendo ambos, curiosamente, crusanteros.

Viaje de fin de carrera

Con otros dos compañeros, realiza el viaje de fin de carrera a mediados de octubre de 1962, con el dinero recolectado de la rifa de un coche que una agencia le adelanta, junto a compañeras del quinto año de Filosofía y Letras. Con el coche dieron la vuelta a Tenerife y también vendieron números en Las Palmas de Gran Canaria, viajes que, por supuesto, Antonio no se perdería. Al final el número ganador no se vendió, y el coche es devuelto a la agencia. Tanto las muchachas de Filosofía y Letras como compañeros de Químicas desistieron del viaje, por lo que los trozos de torta a repartir fueron más grandes para los tres que persistieron hasta el final. Dio para coger un barco de los que venían de América, en este caso de Argentina, el Monte Umbe, y embarcan para Vigo. Conocen Santiago de Compostela y duermen en una pensión de doce pesetas la cama, con una vela en una palmatoria como luz. Con casi 18 horas de viaje en tren llegan a Madrid, donde conocen El Retiro, la Puerta del Sol y poco más, para seguir entonces a Zaragoza y luego a Barcelona, donde descubre que le habían robado las seis mil pesetas que llevaba en su maleta. Tras esa circunstancia, procede a denunciar lo sucedido en una comisaria, al percatarse de la falta en la pensión de la Plaza Real de la capital catalana. Los compañeros, comprensivos con lo que le había sucedido, le dejan el dinero para coger un barco rumbo a Tenerife. Con el hermano José estudiando arquitectura en Barcelona, se alivian las cosas. Se muda a una pensión más económica, cercana al puerto (con pulgas y todo). Prolonga la estancia allí durante casi dos semanas. El regreso lo realiza en El Sil, un barco de cabotaje de la Compañía Pinillos, que cargaba y descargaba de día en puertos de ciudades españolas de la Península y África, navegando de noche. Tarda once días en llegar a Santa Cruz de Tenerife, donde lo recibe Gabriel, su padre. En este viaje llega a conocer Benidorm y, por supuesto, Melilla y Ceuta, donde nunca más estuvo.

La aprobación del conjunto de todas las asignaturas de la carrera, al menos en la de Químicas, no bastaba para obtener el título, se necesitaba una reválida o un pequeño trabajo de investigación, que como memoria es presentado ante jurado, la conocida tesina. Por tal motivo recurre a Antonio González, que lo había reclutado en el quinto curso, el último de la carrera, al igual que hizo con otro realejero, Francisco Valerio García García, para colaborar con investigadores que proseguían diversas líneas, en su caso con Rafael Estévez Reyes, experto en cumarinas.

Las prácticas como alférez

Asignado el trabajo, presenta el expediente académico en las Oficinas de la IPS (Instrucción Premilitar Superior), para cumplir con el trámite principal de ingreso en las prácticas como alférez de complemento en un regimiento del ejército. No escoge ninguna plaza de Canarias y propone por orden de preferencia el Regimiento de Artillería N° 42 (Sevilla), el de Sagunto (Valencia) y otro que no recuerda. Es entonces cuando el capitán encargado de procesar la información, le compromete para que imparta clases particulares a sus hijos, por unas 500 pesetas, en la zona de San Benito. Le salieron otras, ya con adolescentes, en Santa Cruz, que vivían en los pisos para militares, en los inicios de La Rambla, cerca al monumento de Franco, por 900 pesetas. Se pegaba un tute. Después de las seis de la tarde bajaba de La Laguna en guagua y desde la parada en la Plaza del Hospital Militar, atravesaba Santa Cruz por la calle Méndez Núñez, a pie casi de un lado a otro de la capital. Fijado el 1 de mayo como la fecha para incorporarse al Regimiento de Sevilla, que no cumple por motivos de movilidad, le traspasa las clases al compañero Leocadio Rodríguez Álvarez, que con el tiempo sería profesor de Farmacología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona.

A Sevilla llega en el Plus Ultra, un viejo barco de la Trasmediterránea con mucha historia, a cuenta del ejército español. Coincide entonces con Antonio Araná, un aparejador que iba con los mismos fines iba a otro destino. Hicieron escala en Las Palmas de Gran Canaria, donde visitan el Club Náutico en la playa de las Alcaravaneras y suben a la Casa del Marino, para la época el más alto de la capital canaria. En Cádiz, se separa de Araná, y todavía saborea la sopa de pescado que llega a tomar en un restaurante de la Plaza San Juan de Dios. Zarpan hacia Sanlúcar de Barrameda y esperan el alza de la marea, para navegar por el Guadalquivir, con dehesas a ambos lados. Se presenta en el regimiento al coronel y le recomienda como residencia la de oficiales, a escasos metros para su estancia de cuatro meses, en las que por un mes ejerce de «emperador», encargado de la residencia, por vacaciones del teniente responsable.

El regimiento de artillería, al inicio de la carretera de Cádiz y frente a la venta de Marcelino, estaba en desmantelamiento y de las siete compañías tenía una sola como activa, con unos cien soldados. Designado como oficial de semana, formaba a la tropa a los toques de diana y retreta, que una corneta hacía sonar para pararse e ir a la cama. Formaban en filas para pasar lista nominal y así comprobar que no faltaba nadie. También pasaba rondas a los centinelas, que se turnaban cada dos horas. En ocasiones intercambié algunos de esos días con otros colegas. Ello le permitió tener un largo fin de semana con el que conoció Granada. Como oficial de día, recorrió las calles céntricas de la capital hispalense, acompañado con un suboficial pendientes de que los soldados de cualquier regimiento y arma se comportasen y vistiesen con decoro. Hubo un soldado en un calabozo de seguridad, que lo sacaba todos los días para estirar las piernas y coger el sol, escoltado por un par de soldados de guardia armados. Se llegó a fugar, pero con otro como oficial de guardia. Vio muchas sesiones de películas al aire libre en las calurosas noches de Sevilla en el Prado de San Sebastián. Subió unas cuantas veces a La Giralda y disfrutó de un paseo guiado por los templos más relevantes con amigas de Filosofía y Letras, que las encontró en el Parque María Luisa. Le deslumbró la Gruta de las Maravillas, de estalactitas y estalagmitas de la Sierra de Huelva, las primeras de ese tipo que conoció. La capital la conoce cuando un capitán, que estrenaba un Seat 600, le invita a las playas de Punta Umbría. Estaría en las bodegas de Jerez de la Frontera, el Puerto de Santa María, Alcalá de Guadaíra y las ruinas romanas de Itálica. En Sevilla supo de la muerte del Papa Juan XXIII, ahora Santo. Aprende a realizar análisis cuantitativos de la nicotina en el Instituto del Tabaco, dirigido por el doctor Antonio Ollero, contrincante de Antonio González, cuando en 1946 lo llevó a ser el primer canario catedrático de la Universidad de La Laguna. No olvida la visita al regimiento del ministro del Ejército Pablo Martín Alonso, al que saluda durante el paso de la revista militar.

Conoce del nombramiento de Manuel Lora-Tamayo como ministro de Educación y Ciencia y luego de su discípulo Antonio González como sustituto de Alberto Navarro como rector de la Universidad de La Laguna.

El doctorado

Entra como doctorando en el curso 1963/1964, después de presentar la tesina al regreso de Sevilla. La tesina fue calificada con sobresaliente *cum laude*, calificación con la que aparece el título de Licenciado en Químicas, emitido por el Ministerio de Educación y Ciencias. Tras ello le ofrecen impartir clase de Matemáticas en la Salle Nava, en las que recuerda como alumno al político Santiago Pérez García. Estas son las únicas horas que le reconocen en la vida laboral española del Seguro Social. Con estos ingresos y los adicionales como doctorando, le bastan para subsistir, pues se aloja en el Colegio Mayor San Fernando. Al incorporarse a la nómina de la Universidad de La Laguna como Profesor Ayudante, desiste de las clases del colegio en el curso 1965/1966. No tuvo problemas para reactivos y para la búsqueda de las plantas se desplazaba con el chófer del Rectorado, el simpático Ángel, llevando en cierta ocasión casi cien kilos de una retama recolectada en Santiago del Teide y, en otro momento, mil kilos de una tabaiba. Todo su trabajo lo realizaba en los laboratorios del edificio viejo, cuando ya estaba avanzando la construcción del Instituto de Investigaciones Químicas, el actual IUBO-Antonio González, que se inaugura en 1964. Su doctorado, junto con el de Ricardo Fernández de Misa, estaría listo para finales de 1965, pero, por la ocupada agenda de uno de los miembros peninsulares del jurado se pospuso, presentándose finalmente en mayo de 1966. Pocos días antes de que Antonio González y señora, acompañados del médico Joaquín Estrada y señora, viajara como invitado a la Convención Anual de ASOVAC, en Caracas, Venezuela, que luego continuaron de forma privada por países de centroamérica y México. La celebración con los nuevos doctores se realiza con un almuerzo en el Parador de Las Cañadas del Teide. Bajaron posteriormente a tomarse unas copas al Cintra Pirata, luego Columbus, en Martiánez, y José Luis Bretón Funes, prestigioso químico orgánico, le pregunta que iba hacer en el futuro y, sin pensarlo mucho, le contesta que no sabía.

Durante uno de los años del doctorado, en el contexto de los sesenta, los estudiantes de La Laguna quemaron una guagua de Transporte de Tenerife S.L. frente a la Facultad de Filosofía y Letras en apoyo a las protestas estudiantiles de Madrid. Le lanzan gasolina que se esparce antes de llegar al objetivo, luego efectiva cuando lo hicieron dentro de botellas con mechas de trapos encendidas. Un exaltado se acerca al laboratorio para solicitarle líquidos inflamables que, por supuesto, le niega.

Ya en 1965, el Instituto de Investigaciones de Tenerife, en la rotonda del Padre Anchieta, se empieza a internacionalizar con la llegada de tres profesores argentinos como pasantes. A Oscar Giordano lo saluda en 1981 en San José de Costa Rica, durante un Congreso Latinoamericano de Química. Antonio se había mudado entonces a las instalaciones de Anchieta, en donde había iniciado unos trabajos sobre una especie de *Micromeria* ssp., donde aísla ácido ursólico. A pesar de todo lo expuesto y de los cambios que se estaban realizando en la histórica institución universitaria, decide buscar nuevas metas profesionales en su horizonte. Tenía apenas 25 años.

Ante experiencias como la suya nos cita a un alumno de don Antonio, que después de años y haber pasado por el CSIC de Madrid fue catedrático de la escuela de Peritos Industriales de Las Palmas. Luego Juan Borges del Castillo, cuando iba a presentar el Doctorado con parte del trabajo experimental hecho en la ciudad de Glasgow, Escocia, con los que dicta unos seminarios sobre el uso de la Resonancia Magnética Protónica en Química Orgánica, opta por establecerse en El Salvador.

Pretendía seguir una vida académica universitaria y de investigación, a la que fue estimulado e impulsado por detalles tales como la presentación del alemán Hermann Staudinger, premio Nobel de Química del año 1953, por Antonio González, frente al Bar Carrera, al que, al estrecharle la mano recuerda decirle *Auf Wiedersehen* (adiós). Las continuas visitas de Eric Sventenius, un botánico sueco vinculado al Jardín de Aclimatación de La Orotava y las del toledano Francisco Sánchez Martínez, luego fundador y primer director del Instituto de Astrofísica de Canarias, hoy Internacional, y de los mejores del mundo, le hacen pensar en cosas más ambiciosas. Por eso participa en el ciclo de charlas del Colegio Mayor San Fernando, en la que imparte una bajo el título *La antimateria es materia*.

Una nueva etapa

Al acabar el doctorado, en mayo de 1966, siendo conocedor de que las opciones más halagüeñas que le pintaban eran preparar cátedra de institutos, propone por carta personal prestar servicio a la Universidad de Brasilia. Mientras tanto, en las vacaciones acompaña a su amigo Tino a unas contratas de obras que realizan en Arico El Nuevo, a la vez que sigue los partidos del Campeonato del Mundo de Fútbol por radio, que se celebraban en Londres, y también disfruta de la compañía de su hermana Mercedes e hijo Christian en la visita desde Venezuela a la familia. Iniciado el curso académico, con unos ahorros, opta por ir al CSIC, en Madrid. Al poco tiempo le llega vía telegrama a La Laguna, la aprobación de la Universidad de Brasilia, que le reenvía el compañero de carrera Enrique Agulló. Le recomiendan ponerse en contacto con el CIME, un organismo de emigración, para el inicio de la formalización del contrato y esperar. Había iniciado un Diplomado en Plásticos y presentado un proyecto a desarrollar en Tecnología de Plásticos, así como introducido la solicitud de una beca posdoctoral, que a la postre le aprueban, pero ya estaba en Venezuela. Permanece en Madrid desde mediados de septiembre hasta casi finales de noviembre, a donde llega en avión, tras subir por primera vez en su vida en ese medio de transporte, en Los Rodeos, con escala en Gando, cambia a un transoceánico que había despegado de Maiquetía (Venezuela). En Madrid se encuentra con Domingo, el hermano que estudia Biología, así como con otros compañeros aún doctorandos, entre ellos Francisco Valerio García y Luis Hernández González, y hace buenas migas con recién conocidos, con los que almuerza en los comedores de la Ciudad Universitaria de Moncloa. Lo pasa bien. Los domingos acudía a los museos, a los que pasaba con solo presentar el carnet como inscrito en el Colegio de Licenciado y Doctores, exigido para dar clases en secundaria. Visita entonces numerosos rincones de la capital, acude al estadio de fútbol Santiago Bernabéu y ve jugar a estrellas como Di Stéfano y Gento, e incluso a los canarios Betancort y Felo y al Peñarol de Montevideo. Tomada la decisión quema los ahorros y acude a Toledo y lugares aledaños a Madrid. Recuerda el contexto de una España pobre con muchas carencias. Tras ello regresa a su isla natal y es entonces cuando Antonio González le notifica tener una carta de Felipe Brito Rodríguez, explicando una nueva realidad para su futuro profesional: Mérida. Cambia entonces la idea de acudir a Brasil por Venezuela, y más después de recibir, ya próximo a finalizar el año a través del CIME, una irrisoria oferta económica. En Caracas ya tenía a su hermana Mercedes con su cuñado Paco, un arquitecto catalán hecho en Venezuela, por lo que no tendría problemas de alojamiento.

Con Mérida en perspectiva, en carta privada se dirige al doctor Pedro Rincón Gutiérrez, rector de la Universidad de Los Andes, ofreciéndole su conocimiento y servicio en química. En el consulado de Venezuela de Santa Cruz de Tenerife le aconsejan que se traslade con visa de turista, que en el país caribeño le acomodarán las cargas y así evitar el lento cruce de correspondencia de la contratación. El padre le adelanta el dinero para el billete y embarca

en el Carla C, de una línea italiana el 26 de enero de 1967. Días antes se había despedido de sus amigos crusanteros con una comida de conejos asados en El Junquito, un restaurante con nombre venezolano, por debajo de La Guancha, en dirección a Icod de Los Vinos. Su padre, que conoce de las necesidades de un emigrante por su pasado también en misma condición en Cuba, le entrega un billete de 500 bolívares, que le compra a un conocido de visita a Tenerife con el que se encuentra en la capitalina calle del Castillo. Se desplaza en el coche de su cuñado (el médico) con la maleta de madera, ropa y libros de química que, pese al paso del tiempo, aún preserva en su Biblioteca de Mérida, y también con su padre y el amigo Miguel Pérez Rodríguez, que hará de conductor. A la distancia pudo observar a su llorosa madre. Con brazo en alto le anuncia para animarla que, las próximas Navidades, las pasaría en La Cruz Santa.

Tiene grabada en la mente las imágenes de su padre y Miguel, que nos dejó hace pocos años. Una despedida agitando los brazos desde el muelle Norte, a las que corresponde el protagonista de estas líneas desde la cubierta del Carla C con la misma actitud, donde se mantiene tras enfilar el buque rumbo a América, después de dejar atrás la vieja farola y en la lejanía ir, poco a poco, desdibujándose la imagen única que proyecta El Teide. Comparte camarote con un joven gomero de pocas palabras que se iba a encontrar con sus padres. La travesía fue placentera, el mar se porta bien y disfruta en interminables jornadas observándolo, especialmente en aguas profundas desde la popa, cuando cabeceaba. Conversa con pasajeros de diferentes procedencias, de ellas recuerda las de un camionero canario, que le narra historias de recorridos por las carreteras del Oriente de Venezuela, y hasta habla con un italiano, con un español machacado, que más tarde reconocería como el cocinero de la Pizzería *Da Peppino* de Mérida. Entre las parejas con las que baila recuerda a una muchacha, que llegaría a descubrir que se trataba de la hija de un profesor alemán de la Universidad de Los Andes, que regresaba a Venezuela con la familia tras disfrutar un año sabático en Alemania, habiendo embarcado en Génova. Por el billete de 500 bolívares, le dieron un montón de liras italianas, pues tuvo que deshacerse para disponer de dinero de bolsillo para pequeños gastos, especialmente en el bar. Antes de abandonar el barco sin consumir mucho, le reintegraron por las liras que le quedaban en bolívares poco más de la mitad. La temperatura ambiental se incrementaba a medida que la zona tropical se acercaba. En la madrugada del 3 de febrero, las siluetas de las montañas cercanas a la costa de Venezuela comenzaron a divisarse, más nítidas con el acercamiento, efectuándose el atraco al Puerto de La Guaira como a la una de la tarde. Identifica a sus familiares desde la cubierta, siendo el pequeño Christian el que dice: «Ahí está el tío Gabriel». Así lo llamaban en la casa. Como a las dos y media pisa tierra venezolana después de pasar los trámites de desembarco pertinentes.

Hospedado en Cielocid, la casa de los familiares en la parte alta de las Colinas de Bello Monte, contacta con Felipe Brito Rodríguez y con otros que pudieran insinuarle oportunidades de trabajo relacionadas con su formación universitaria. Localizan a Brito y lo visitan en su vivienda de Los Chaguaramos, acordando encontrarse de nuevo en la Escuela de Química de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela. Le presenta a Luis Benito Tugues, director de la Escuela que, sin dilación y por teléfono, habla con el rector de la Universidad de Los Andes, el doctor Pedro Rincón Gutiérrez, al que le comenta su presencia, y entre cosas le recomienda que se presentara a la mayor brevedad posible en Mérida.

El viaje a Mérida

Por circunstancias de la vida acompaña al ingeniero Alejandro Rivero, vecino del cuñado, a una exhibición de vuelos de pequeños aviones dirigidos por control remoto en un terreno plano del Este de Caracas, donde se encuentra con un antiguo compañero, profesor de la

Facultad de Ingeniería de la Universidad de Los Andes. Por El Pulpo, sistema viario de niveles, toman la autopista del Centro que, en el Campo de Carabobo, pasada la ciudad de Valencia, enlaza con una de doble vía, más estrecha, la carretera de Los Llanos Centrales, donde paran solo para abastecerse de gasolina y realizar los servicios de aseo personal. Reponen fuerza en un restaurante de carretera, Los Ocumitos, próximo a la Redoma de Barinas. En la Redoma toman dirección Mérida, para en Barinitas reducir la velocidad de crucero, por desplazarse por carreteras de curvas en ascenso, al borde de profundos precipicios entre altas montañas, de las que fluyen chorros de agua como colas de trajes de novia. El cielo se amplía con la altura y se superan los tres mil y pico metros de altitud, cuando cambia la vegetación y se descende para llegar a Mérida, pasando por pintorescos pueblos. Confiesa que nunca antes había rodado tanto tiempo seguido, por largas vías, con puentes que sobrepasan ríos y llanos inmensos sin horizonte. Le sobrecogió la travesía por Los Andes hasta Mérida. Se hospeda en el Hotel Chama, donde descubre luego que también lo hacen personalidades tan relevantes de nuestro archipiélago como Roberto Vargas García y María Rosa Alonso, profesores canarios de la Universidad de Los Andes, que lo usan como domicilio. Tras un breve descanso coge calle y descubre a poca distancia la Plaza Bolívar, a un lado de la Catedral, con un concierto de la Banda de Música del Estado en desarrollo.

La contratación

Con la presencia en Mérida y la ayuda del profesor canario de Matemáticas Roberto Vargas, Director (E) del Centro de Ciencias, prestado para estas funciones por la Facultad de Ingeniería, se agiliza la contratación, y cambia la situación de turista a residente en menos de un mes, tras presentar una carta firmada por el Rector Rincón Gutiérrez en la Dirección de Emigración de las Torres del Silencio, en Caracas, de donde sale con la cédula de transeúnte. A Caracas regresa en autobús por la misma vía que hizo en carro cinco días antes, pero por más de catorce horas. En esta ocasión se encuentra con sus primos Antonio, *el de Norberta* y *el Negro* que, por la madre, la tía Mercedes, lo convierte también en primo de Antonio González. En el apartamento de la Avda. Atlántico de Catia, cerca de la industria láctea SILSA, de Antonio *el Negro*, le regala 50 bolívares, en presencia de otros conocidos.

Su hermana Mercedes descubre que Vargas fue compañero del difunto hermano Domingo, el único identificado de la foto que preserva del curso selectivo de 1941 en la sede de la Universidad de La Laguna, ubicada por entonces en la calle de San Agustín, en la actual sede de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife.

Pasa por el laboratorio de Felipe Brito Rodríguez para comunicarle que las cosas de Mérida habían salido bien. En el laboratorio estaba el canario Juan Ascanio, otro químico lagunero que dictaba químicas en un Instituto de las Fuerzas Armadas en el Litoral, así como Claudio Bifano y otros estudiantes de la Escuela de Químicas que realizaban la parte experimental de las tesis de grado. Visita el laboratorio de Catálisis al frente del andaluz Paulino Andreu y les presentan a responsables de Productos Naturales: Deanna Marcano, Santiago Morales y María Sojo. Deanna, nacida en Italia, preparaba las maletas para Oxford con el fin de realizar el Doctorado.

Nuestro biografiado será el último de los seis primeros profesores en incorporarse al Centro de Ciencias, que comienza a funcionar oficialmente el 15 de enero de 1967, en las instalaciones cedidas por la Facultad de Ingeniería que perteneció a la Escuela de Arquitectura, trasladada a la zona alta de la ciudad. Lo contratan como profesor Asistente, una categoría superior a la de instructor, la categoría inicial de las cinco del escalafón de los profesores universitarios venezolanos, con un salario de 3.500 bolívares mensuales, que les aprueban desde el 15 de enero, llegando a Venezuela el 3 de febrero. Se afilia a APULA (Asociación de Profesores de la

Universidad de Los Andes) y se incorpora a CAPROF (Caja de Ahorros de Los Profesores) en donde le depositan mensualmente el 5% del salario, que le descuentan de la nómina, más el 5% del mismo a los que por ley se compromete la administración de la Universidad, con los que comienza a crear un fondo de reservas, que se incrementa mensualmente y que sería de utilidad para el futuro. Se aloja en una habitación disponible de la Pizzería *Da Peppino*, que comparte con Manuel Aguilar San Juan, un licenciado en Químicas de La Laguna incorporado como profesor Instructor al Departamento de Físicas de la Facultad de Ingeniería desde julio de 1966. Con pensión completa paga 500 bolívares mensuales.

En los primeros días de marzo, en el sector La Hechicera, el rector Perucho, como conocen popularmente al doctor Pedro Rincón Gutiérrez, pone la primera piedra de lo que será el Núcleo Universitario de La Hechicera, la futura sede de las Facultades de Ciencia y Tecnología.

El Instituto de Investigación Química

Al no existir ambientes para investigar, le ofrecen participar de forma voluntaria en las instalaciones del Instituto de Investigación Química de la Facultad de Farmacia, donde lo acogen los doctores Carl Seelkof, Hernán Hernández, Alfredo Usubillaga y Efraín Mendelovici, así como tres empleados que ejercían de ayudantes y una secretaria. Había una pequeña biblioteca, con colecciones completas de revistas, entre ellas la prestigiosa *Chemical Abstracts*. Los espacios eran tanto o igual de equipados a los que había dejado en La Laguna. Con la particularidad de que era su propio jefe.

Como no se pudo arrancar con la docencia en el Centro de Ciencias, por falta de inscritos, le responsabilizan de un grupo de Química General del primer semestre de Ingeniería, con 120 alumnos. Nunca había dado clases a ese nivel, y menos con tanta gente, salvo en los tres años de profesor ayudante en La Laguna, y unas especiales para practicantes en el mismo lugar, en la que colaboró con el doctor Federico Rodríguez Díaz.

En investigación empieza a dar resultados. De un jugo obtenido de los frutos del *Solanum torvum*, recogidos en una salida al campo con el doctor Usubillaga, obtiene tras varias operaciones químicas una sustancia blanca, que identifica como una sapogenina de estructura desconocida. Conoce a botánicos tales como Manuel López Figueiras, que nacido en Cuba y de familia gallega, estudia Farmacia en Madrid. Manolo conoce El Teide cuando, durante su etapa como Profesor Ayudante acompaña a José Cuatrecasas Arumí, catedrático de Botánica, a realizar herborizaciones en las islas previo a la Guerra Civil. Tras un largo camino llega a Cuba, donde se casa en la capital. Enseña Botánica y sigue en contacto con su mentor y profesor José Cuatrecasas. Escapa de la Cuba de Fidel Castro y se desplaza a Nueva York para enseñar de nuevo Botánica en Colombia y luego en Mérida, donde reúne a la familia a mediados de 1966. También conoce al presbítero colombiano Santiago López Palacios, de vasta cultura y autodidacta en Botánica, así como al farmacéutico Luis Enrique Ruiz-Terán, profesor de Dendrología en la Facultad de Ingeniería Forestal. Ellos les servirán de asesores botánicos, imprescindibles para la identificación de las muestras a investigar en el campo de los productos naturales, de lo que aprendió un poco en La Laguna.

En Mérida hace cada vez más amistades. Rafael Canales, administrador de la Librería Selecta, frente al edificio del Rectorado, le presenta a Antonio Navarro, un canario de Las Palmas de Gran Canaria, dueño de la estación de gasolina próxima al aeropuerto, casado con una merideña, con el que congenia bastante.

Se sorprende de los desfiles por las calles con mítines ardientes y consignas de los líderes estudiantiles y sindicales del 1º de mayo. Estaba en un país democrático.

Ya había obtenido el carnet de conducir venezolano, que se facilitó al mostrar el español. Por ello no desaprovecha comprar de contado el volkswagen de Roberto Vargas, con corto rodaje, pues la familia se había establecido definitivamente en Tenerife y prácticamente no lo usaban. Con vehículo, organiza salidas con el botánico Santiago López Palacios, con el que descubre especies botánicas con látex, alcaloides y sapogenina, y comienza a empaparse de la vasta flora de Los Andes. Así inicia trabajos con especies del género *Lupinus*, *Euphorbia* y otros. Hace expediciones en las que pasa por los Páramos de La Negra y El Delgadito y llega por complejas carreteras a la población de Pregonero, en el Estado Táchira, escondida entre montañas, con dos bellas Iglesias y gente amable. Por un desvío contempla la laguna de Laguna García, con tierras agrícolas de vegetales a punto de ser cosechadas.

Se habla de ingreso de nuevos profesores en el Centro de Ciencias y en julio Vargas es relevado como Director por el doctor Marcelo Guillén, un físico proveniente del IVIC (Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas). Cierra el semestre de Química General en Ingeniería con las calificaciones correspondientes, para después tomar las vacaciones de verano a mediados del mes de julio.

Señala como el 29 de julio de 1967, vencido por el ocaso, el suelo de Caracas tiembla durante varios segundos. Se pararon bruscamente de la mesa de dominó en la que jugaban, el techo de las láminas del estacionamiento vibró, las luces de los bloques del 23 de enero se movieron, y gritos de todo tipo retumbaron bajo los cielos de Caracas, con vehículos despavoridos moviéndose con personas fuera de tino. Las emisoras de radio y los canales de televisión anunciaban en vivo los desastres del sismo, en las que comentaban que las zonas más afectadas fueron las urbanizaciones del Este, en especial en Altamira y, en el Litoral, la zona de Los Corales, donde se derrumbaron edificios de viviendas completos, con muertos. Con Antonio *el de Norberta* y otros, recorrieron varias urbanizaciones de Caracas, con mucha gente en la calle. Salvo de un matrimonio de italianos a los que conoció en Altamira, recién llegado a Venezuela, no recuerda otros conocidos entre las víctimas. Con el primo fueron a la casa de la hermana pasado tres días del acontecimiento que, preocupados por la falta de noticias, le pidieron que regresara, y así fue por mucho tiempo.

Acude al Jardín Botánico de Caracas para conocer al director, el doctor Tobías Laser, y a los botánicos Leandro Aristeguieta y Julián Steyermark, que hicieron grandes contribuciones al conocimiento de la flora venezolana. Para correr los espectros de resonancia magnética de algunas de las sustancias aisladas en sus trabajos de investigación, acude al IVIC, en Los Altos de Pipe, carretera de Los Teques. Conoce a los químicos japoneses T. Nakano y M. Hasegawa, y también a Luis Cortés que, de origen español, realiza los estudios en la UCV. Luis le presenta al químico canario de La Laguna, Iván Trujillo, adscrito al Reactor Atómico. Iván es hermano de Gumersindo Trujillo, profesor de Derecho que llegaría a rector de la Universidad de La Laguna entre 1980 y 1985.

De los nuevos compañeros del Centro de Ciencias congenia con el director Guillen y con los biólogos Héctor Finol y Ángel Hernández. Este último pertenece a la Escuela de Biología de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela. Solo presta servicio por un semestre, y le pagan desplazamientos y viáticos por los días, que de manera intensiva dicta dos veces al mes. Llega a ser decano de la Facultad de Ciencias y vicerrector Académico de la Universidad Central de Venezuela. Lo visitaba en los comienzos de la estancia en Venezuela, cuando se desplazaba a Caracas, en una casa del dictador Pérez Jiménez, en las Colinas de Santa Mónica, transformada en Laboratorios de Bioquímica.

Con una ponencia sobre los alcaloides del *Lupinus meridanus*, participa en el XII Congreso de Farmacéuticos Venezolanos, celebrado en Mérida con motivo de la inauguración de la nueva sede de La Facultad de Farmacia en el sector de Campo de Oro.

Comienza con Alfredo Usubillaga a investigar especies de espeletias, el conocido frailejón. Marcelo Guillén, director del Centro de Ciencias, lo responsabiliza del dictado de Química de la Madera, del pensum del Postgrado en Manejo de Cuencas y Tecnología de Madera, que se abre a partir de 1968, en la Facultad de Ciencias Forestales, en la que es la primera contribución de un profesor del Centro de Ciencias, la futura Facultad, a un Postgrado de La Universidad.

El profesorado lo conformaba mayormente personal de la Facultad de Ciencias Forestales, y algunos de la de Economía. Uno de los ingenieros forestales era Carlos Claveri, canario de Santa Cruz de Tenerife, graduado en 1956, en la tercera promoción de la primera Facultad de Forestales creada en Latinoamérica. Los alumnos fueron pocos, la mayoría de países hermanos. Por aquella época los graduados venezolanos obtenían trabajo al salir con el título bajo el brazo.

En los más de cincuenta años de productivo quehacer científico de la Facultad de Ciencias, aún continúan presentes en Mérida, de los seis primero del Centro, los siguientes: José Álvarez Torres, Alba Díaz y Antonio Morales.

Aparece como primer autor en la publicación del trabajo conjunto realizado con investigadores mexicanos sobre la *sapogenina espirostánica* aislada del *Solanum torvum*, publicada en el número uno del primer volumen de la Revista Latinoamericana de Química, fundada en 1970 por Jesús Romo Armería, con el fin de difundir los trabajos científicos en español.

Al mismo tiempo, aparecen dos publicaciones en la Revista de la Facultad de Farmacia de la ULA, Revista Patrimonio de la ULA, dos publicaciones en el que aparece como perteneciente al Departamento de Químicas del Centro de Ciencias, siendo las únicas que se conocen de ese efímero Centro. Es un hecho que muy pocos conocen.

Tras decidir la fecha de boda por lo civil el 23 de septiembre, en las vacaciones de agosto se desplaza a Tenerife para despedirse de los familiares y amigos como soltero, acompañado por el cuñado Paco, que lo hace por primera vez a España, después de haber llegado a Venezuela en 1948, con 22 años. De Tenerife continúa a Barcelona, donde le espera la madre. Asimismo, aprovecha la escala del barco en la capital tinerfeña, en la que regresan para Venezuela doña Yolanda, la suegra, que acompañó a Yolanda Josefina, la hija en el último mes de años de estudios en Alemania. Conocen a la familia en La Cruz Santa y se fueron muy contentas con las marquesotas y rosquetes de la comarca, así como del trato. Prorroga unos días la estancia en Tenerife porque asiste como ponente al Simposium Hispano Francés de Productos Naturales, del 10 al 17 de septiembre, celebrado en la Universidad de La Laguna. Se encuentra de nuevo con los franceses G. Ourisson y P. Potiers y conoce al argentino Venancio Deulofeu y al chileno Mario Silva, así como muchos españoles. El 23 de septiembre se casa por lo civil y el 30 por la Iglesia, cumpliendo años en el interin. La luna de miel transcurre en Bogotá, conociendo varios lugares, entre ellos la Catedral de Sal de Zipaquirá, construida en una mina de sal.

Pasa diciembre por primera vez en pareja en Tenerife y después de Reyes vuelan ambos a Londres con el fin de estudiar en la Universidad de Oxford, aprovechando las facilidades que les daban a los profesores venezolanos para obtener un grado a nivel de posgrado en universidades reconocidas. En la estación del tren les esperaba Ángel Ardón, un venezolano químico, profesor de la Universidad de Carabobo con su vehículo recién comprado. Les ofrece quedarse en el ático de la casa que habitaban, la antigua vivienda en la que residiera el autor de *Alicia en el País de Las Maravillas*, cercano al Linacre College, la institución responsable del control de la mayoría de los estudiantes extranjeros de posgrado. Para Antonio no hubo inconveniente pues consiguió tutor en el Dyson Perrins Laboratory. Tras consultas en el *Education Department*, se solventó el ingreso para su esposa. Todos los trámites estarían completados el 1 de julio de 1974. La Universidad de los Andes se compromete a pagar los gastos de matrícula y cancelar mensualmente el monto de los beneficios y salarios, pero en calidad de becarios.

Ya para esa ocasión había dirigido tres trabajos de ascenso a profesores de la Facultad de Farmacia con el tema de los alcaloides de los *Lupinus* y *sapogeninas* de una Solanácea.

Empezó a escribir la tesis, que estuvo lista para mayo de 1977 y fue presentada en julio, en menos de tres años de haberla iniciado. Presentó el trabajo y fue sometido a muchas preguntas por un jurado de dos expertos, al igual que el doctorando con togas, en un ambiente cerrado y sin público. Antonio Morales Méndez, habiendo sometido la tesis titulada *Some aspects of the chemistry of Epoxides* y superada satisfactoriamente las condiciones fijadas por los estatutos de la Universidad desde el 13 de julio de 1977, es debidamente admitido con el grado de Doctor of Philosophy.

Asciende a Profesor Asociado en 1978, año en el que se encuentra con Antonio González, ya como senador del Gobierno de España, en el Congreso Latinoamericano de Química celebrado en Lima en el mes de octubre. Previamente en agosto había estado en Tenerife para visitar a su padre que presentaba problemas de salud. Ya le habían designado como representante principal de la Facultad de Farmacia ante el CDCHT (Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico) cargo en el que permanece hasta junio de 1984. Promueve la Comisión de Investigación de la Facultad de Farmacia en 1980, de la que fue el primer coordinador.

Durante esa época se incorpora al Grupo Carta Académica, un selecto y reducido conjunto de intelectuales de la Universidad de Los Andes, que se reúnen cada dos semanas en uno de los domicilios de ellos para deliberar sobre puntos álgidos del momento, con atmósfera de buena convivencia. Varias reuniones se hicieron en la terraza de Guajara, a partir del momento que fue habitable.

Participa como ponente en el Congreso Latinoamericano de Química de San José de Costa Rica, en febrero de 1980, con parada previa de tres días en Panamá. En San José se encuentra de nuevo con Antonio González, que dada su agenda estuvo poco tiempo. Tuvo la suerte de recorrer ese bonito país centroamericano, en donde conoce a unas profesoras de la Universidad de El Salvador, Arely Cáceres y Vilma Villalta, que se interesan por sus trabajos, por la Universidad de Los Andes y por la ciudad de Mérida.

Por gestiones del profesor Alfredo Carabot Cuervo es invitado a la Facultad de Farmacia el profesor Gerald Blunden, de la Universidad de Portsmouth, Inglaterra, quien había sido su tutor en la tesis de Maestría, en la que presentaron la estructura de una nueva sapogenina, que denominaron ruizgenina, en honor al Doctor Luis Enrique Ruiz-Terán, que había fallecido dos años antes. Imparte una interesante conferencia sobre el uso de la espectrometría de masas para la elucidación de las estructuras de las sapogeninas. Se reúne con la comisión promotora del postgrado de Química de Medicamentos para dar una opinión positiva con el fin de ponerlo en marcha pronto. Se prepara un programa para la búsqueda de especies del género *Costus*, como fuentes de sapogeninas, sustancias de interés para la industria farmacéutica para la producción de esteroides, en la que se contempló el Estado de Amazonas

Con un trabajo sobre un nuevo triterpeno aislado de un líquen asciende a Profesor Titular, lo equivalente a catedrático en España, en marzo de 1981.

Se pone en marcha el PQM (Postgrado de Químicas de Medicamentos), el postgrado decano de la Facultad de Farmacia en abril de 1982 y uno de los más antiguos de la Universidad de Los Andes. Participa en la redacción de los estatutos y reglamentos.

A finales de octubre de 1982 participa como ponente en el Congreso Latinoamericano de Química, celebrado en San Juan de Puerto Rico, pasando previamente por Santo Domingo, que recorre con un vehículo que alquila en el aeropuerto, donde conoce la casa de caoba de la hacienda de caña de azúcar de San Cristóbal, del dictador Rafael Leónidas Trujillo, nieto de un sargento del ejército español nacido en Gran Canaria. En San Juan, durante la fiesta de despedida del Congreso, con el único químico español que conoce comenta la victoria de Felipe González en las elecciones del 28 de octubre de 1982. Conversa con Tirso Ríos y Leovigildo Quijano, dos químicos mejicanos discípulos del fallecido Jesús Romo Armería. Con unos conocidos colombianos le dan en dos días la vuelta a la isla, con paradas puntuales, entre ellas

para contemplar en la noche las aguas bioluminiscentes de La Parguera, en el suroeste de Puerto Rico.

Gestiona la realización del año sabático que le corresponde por reglamento, desde el 1 de junio de 1984 al 31 de mayo de 1985. Dado que no hay ninguna ayuda económica para viajes y otros renglones, por la crisis económica proveniente del «viernes negro», elige como tutor al doctor Manuel López Figueiras, de la Facultad de Farmacia, que estaba metido de lleno en el compromiso de finalizar el «Censo de los Líquenes de los Andes Venezolanos», un tema por el que se había interesado desde hacía algún tiempo. Trabaja con intensidad cuatro días de la semana de los seis primeros meses, haciendo cromatografías en capa fina de especies de líquenes, con las cuales identifica muchas de las muestras recogidas y etiquetadas por López que convierten al Herbario MERF, de la Facultad de Farmacia, en uno de los más completos de Latinoamérica en líquenes. Hicieron varias expediciones para recolectar muestras, la mayor y por casi dos semanas fue la del Estado Falcón, para subir al Cerro Santa Ana de la Península de Paraguaná, donde fue cubierto por una nube húmeda.

Con las elecciones de 1990 al decanato de la Facultad de Farmacia, ganadas por Alfredo Carobot Cuervo, le nombran Coordinador del PQM. Por consultas modifica el reglamento de admisión y los períodos de convocatoria de ingresos, de bianual a anual. Toma la dura medida de expulsar a los estudiantes activos que cursaban materias, al negarse a presentar un examen con un profesor, al que le conmina calificarlos, que lo hace con cero, por lo que se auto excluyeron automáticamente del posgrado. Ello hizo que el posgrado quedara un tiempo sin estudiantes hasta la apertura del curso 1991, por primera vez con graduados sin cargas como profesores.

En abril se traslada a Caracas para recibir una ayuda del CONICIT (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas), para la compra de equipos, materiales fungibles y reactivos, así como libros para el PQM. Asiste a los actos de la celebración del 25° aniversario del Grupo de Productos Naturales de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela.

A partir del 15 de enero de 1992, cumple 25 años activo como profesor de la Universidad de Farmacia, por lo que, en vez de jubilarse, solicita a las autoridades el adelanto total de las prestaciones económicas que le corresponden, que las hace efectivas poco después.

Vuelve a La Habana en julio de 1993, acompañado, en esta ocasión, por Vicente Marcano y otros a un Congreso de Microbiología Latinoamericano, donde presenta una ponencia sobre las usneas y su uso en la medicina popular.

Se suceden los viajes y las investigaciones químicas de la Facultad de Farmacia de la ULA como Profesor Titular, desarrollando tal actividad hasta 1994. Desde entonces, en atención a su condición como jubilado activo, asume numerosas responsabilidades desde su perfil profesional, así como coordinando múltiples trabajos en el ámbito de su especialidad. Es, además, autor de más de un centenar de artículos en revistas científicas, colaborando y formando parte de diversas comisiones editoriales y manteniendo una columna desde el año 2007 en el semanario Magazine Español. Entre sus reconocimientos destaca la Distinción Bicentenario de la ULA (2008) y Dr. Rafael Chuecos Poggioli (2016).

